

CRÓNICA ESPAÑOLA.

DESDE MADRID.

¿Qué vale el fuego del sol junto al fuego de los corazones? Por eso el calor propio de la estación, cuando no llueve ó sopla el cierzo, no ha sido obstáculo á que durante esta semana se celebraran algunas recepciones, siendo la más chic y la más *pehut*, ó como lo llaman en su exótico lenguaje enrevesado nuestros modernos revisteros, el baile dado en la tarde del último miércoles por los Marqueses de la Puente y de Sotomayor, en su lindo hotel de la Castellana. Se trataba de un baile primavera, y los Marqueses recibían en el jardín y en los salones. En el parque tocaba la música de ingenieros, en la estufa una orquesta de guitarras y bandurrias, con acompañamiento de trinos de canarios, y la orquesta de Gonzalez, con coros, en el salón de las porcelanas. A estas músicas terrenales se unía otra música celestial, ménos ruidosa, la de las frases galantes y amorosos cuchicheos, orquesta vaga y sutil, dirigida por Cupido, en la cual los corazones y los labios fueran instrumentos, atriles los semblantes y solfas las miradas. Con decir que asistieron á este baile la Reina madre y las Infantas D^a Isabel y D^a Eulalia, daré á comprender su lucimiento. Ya se sabe que quien baila suda, y que el sudor da sed, y apetito el ejercicio; de ahí que no faltase en el hotel de los Marqueses un espléndido *buffet*. Al ocultarse el sol, los jardines se iluminaron á la veneciana y salieron las damas á confundirse con las luces y las flores. En el primer rigodon D^a Isabel tuvo por pareja al Conde de Casa-Valencia y D^a Eulalia al Marqués de Malpica; despues bailaron las infantas valeses y rigodones con los Ministros de Alemania y Austria, el Conde de Cumbres-Altas, el Marqués de Malpica, y varios diplomáticos y jóvenes distinguidos. A las ocho y media se bailó el cotillon, dirigido por la señorita Doña Joaquina Osma y el conde de Cumbres-Altas, y á las nueve comenzaron á desfilar los convidados.

Con tanto bailar, no pudo evitarse una caída conmovedora, la caída de la tarde.

* * *

Ascendiendo del arte tauromáquico al verdadero arte, y de los piés á la cabeza, donde en brillante trono reina el genio, nos dirigiremos á los frondosos verjeles del Retiro, y dejando á nuestra izquierda el estanque grande, entraremos en la Exposición de Bellas Artes, recientemente inaugurada. Allí, sobre centenares de lienzos, han trazado el pincel y la paleta portentosas maravillas; allí, la historia y la leyenda, el drama y la naturaleza, la realidad y la poesía, representados en artísticas pinturas, alientan y cautivan, enseñan y conmueven. Imposible hablar de tantos cuadros en una revista en que de todo hablo y nada digo. Crítice hay que lleva escrita una docena de artículos, y aun no ha entrado de lleno en la cuestión. Sin perjuicio de verlos más despacio y de dar cuenta á mis lectoras de si algun cuadro puede interesarles, me limitaré por hoy á decir algo del que fija todas las miradas, suspende todos los ánimos y promueve entre los inteligentes acaloradas discusiones. Es un lienzo de gran tamaño, y se titula el *Expoliarium*, como si dijéramos el arrastre de hombres, muertos en una *diversion* del antiguo Circo romano. La medrosa escena se verifica en un lugar subterráneo, debajo de las graderías donde se acomodaban los espectadores. Varios hombres forzudos, ligeros de ropas, contraídos de músculos, hinchados de nervios y feroces de semblante, con garfios y sogas tiran de cadáveres

humanos que van ensangrentando el suelo y dejando en los guijarros girones de sus carnes. Estos cadáveres, aún calientes, van á ser despojados de sus ropas ó adornos, por si algun objeto de valor llevan encima. Aquí un anciano, tembloroso y vacilante, busca tal vez al destrozado hijo; allá, una dama, horrorizada y afligida, contempla quizás al extinto amante ó al sacrificado dendo. Curiosa y convulsa muchedumbre de cabezas asoma desde el sombrío fondo, contemplando aquel espectáculo sangriento. Esto era en realidad, esto es hoy en pintura, el *Expoliarium*. El cuadro, á pesar de su índole, horroriza, pero no repugna; hace pensar y sentir; tiene grandes incorrecciones y tambien grandes bellezas de dibujo; la composición es soberbia, el colorido vigoroso, la entonación valiente y animada. El autor se llama Luna, y promete ser un sol del arte; es aún menor de edad y no há mucho era marino. Libreme Dios de discutir con los inteligentes, porque no lo soy, los méritos ó desméritos del cuadro; pero quien tal lienzo concibe y ejecuta, con más ó ménos perfección, en los abries de su vida, pertenece á la estirpe de los genios, y como á tal yo le saludo.

Dos amigas saludábanse tambien en los umbrales de la Exposición.

—¿Qué cuadro te ha gustado más?—dijo la una.

—La cara de Luisa,—respondió la otra.

Miré á la aludida y no pude ménos de murmurar para mi capote:

—En efecto, esa mujer es de gran mérito y deberian exponerla, porque para brillar se pinta sola.

* * *

¿Quién no ha oido hablar de D. Manuel Fernandez y Gonzalez, poeta y novelista popular? El sábado último dió una velada en el Ateneo, y á conocer los cadenciosos versos de su fantástica leyenda *El Infierno del Amor*. Bellas damas escuchaban la lectura, y al oirla, todas querian ir al infierno.

* * *

Con la primavera renacen tambien las flores del ingenio. Multitud de libros nuevos esmaltan los escaparates de nuestras librerías, á manera de pensamientos brotando aquí y allá en los tiestos de una estufa; unos caerán en flor, otros vivirán lozanos deleitando y conmoviendo á sus lectores. Para leerlos todos necesitaria los ojos de Argos y las arcas de Rostchild; á falta de unos y de otras, sólo puedo asegurar que quien guste de versos armoniosos, de pensamientos delicados, de tiernos sentimientos y argumento interesante, lea las páginas y literariamente beba las aguas de *La Fuente del Olvido*, poema original del eminente poeta Don Antonio Alcalde y Valladares, fuente él de inspiración y de elegancia, en cuya saludable linfa, cual en otro Panticosa, deberian buscar su curación muchos ingenios físicos.

De la aparición de otra obra notable por todos conceptos quiero y debo dar cuenta á quien leyere. Trátase de una publicación monumental, de gran tamaño, á todo lujo, titulada *México á través de los siglos*, escrita en presencia de preciosos datos y documentos hasta hace poco desconocidos, por los insignes literatos mexicanos D. Juan de Dios Arias, D. Alfredo Chavero, D. José María Vigil y D. Julio Zárate, bajo la inteligente dirección del general D. Vicente Riva Palacio; ilustrada con gran profusión de preciosos grabados intercalados en el texto y con magníficas láminas al cromo, cuyos trabajos ori-